



CARMENCITA Moleiro al piano.

Ante Moisés

y Carmencita

Moleiro

Carmencita Moleiro se ha sentado ante el piano.

Bajo sus finos dedos fluye la "Sonatina"... Rica en variedades, inquieta, ágil, nutrida de ritmos nacionales, la melodía de la cual es autor ese gran músico venezolano Moisés Moleiro, padre de Carmencita, llena toda la sala. La sala un poco triste a causa de la luz grisácea del atardecer que se filtra a través de las cortinas de las ventanas, en esta casa de San Bernardino.

Conversamos después... Moisés Moleiro ya tiene los cabellos blancos. Ha estudiado y escrito tanto! Eso ha sido toda su vida: música. En la Escuela de Arte, en el instituto educacional, en su casa, en la siembra del espíritu. Música. Porque Carmencita, su retoño, es su mejor creación. Una creación musical. Mostró afición la niña por la música desde muy pequeña, cuando todavía los dedos rosados no llegaban a la altura del piano, cuando todavía el piano, caja negra y cerrada, era un enigma que torturaba su impaciencia de artista...

—Tenía apenas seis años —dice Moisés— cuando empezó a demostrar su vocación. Se sentaba en el piano, trataba de tocar los temas musicales de moda, todo cuanto oía... Pero no la puse a estudiar desde entonces... Quise que tuviera más edad... Sólo a los ocho años inicié su preparación musical. La alternaba con los estudios de Primaria. El año pasado dió término a su sexto grado. De entonces a esta fecha ha avanzado mucho.

Carmencita escucha lo que dice su padre... Sentada al lado de...

Mozart, sobre todo Mozart. Es su compositor preferido. Pero después viene una sucesión de nombres consagrados en la vida universal. En su repertorio se encuentra Beethoven, Scarlatti, Bach... La música profunda, casi mística, la que lleva a la contemplación y el éxtasis ronda en torno de su espíritu. Es el momento en que el arte le deja su huella. Después vuelve a ser la niña que juega y ríe.

—Y su primer concierto, celebrado en el Teatro Municipal, ¿qué impresión dejó en ella?

—Emoción, una gran emoción.

Hora trascendental para el artista: su encuentro con el público. El público, en su conjunto, forma un todo, una personalidad. Alguien oye, alguien ve, alguien atisba en la sombra del teatro, bajo las luces apagadas... Es como un gran Jurado. El Tribunal que va a juzgar al artista. Hay momentos en que la escena, a toda luz, viene a ser como un banquillo, y el artista el acusado... Pero él se yergue, habla si es un poeta, canta o pulsa un instrumento si es músico... El actor declama. Y el banquillo, por obra del arte, puede transformarse en pedestal. Son los dimientos de un nombre, de una fama, de una obra futura... Tal vez, con los niños, la escena cambie... Tal vez ellos no puedan advertir la presencia del Jurado, del Tribunal en que se constituye el público... Pero captan la curiosidad que vibra en el auditorio... Sienten la cercanía de lo desconocido.

Ya Carmencita Moleiro ha superado el di...



Carmencita Moleiro se ha sentado ante el piano. Bajo sus finos dedos fluye la "Sonatina"... Rica en variedades, inquieta, ágil, nutrida de ritmos nacionales, la melodía de la cual es ese gran músico venezolano Moisés Moleiro, padre de Carmencita, llena toda la sala. La sala un poco triste a causa de la luz grisácea del atardecer que se filtra a través de las cortinas de las ventanas, en esta casa de San Bernardino.

Conversamos después... Moisés Moleiro ya tiene los cabellos blancos. Ha estudiado y prescrito tanto! Eso ha sido toda su vida: música. En la Escuela de Arte, en el Instituto educacional, en su casa, en la siembra del espíritu. Música. Porque Carmencita, su retoño, es su mejor creación. Una creación musical. Mostró afición la niña por la música desde muy pequeña, cuando todavía los dedos rosados no llegaban a la altura del piano, cuando todavía el piano, caja negra y cerrada, era un enigma que torturaba su impaciencia de artista...

—Tenía apenas seis años —dice Moisés— cuando empezó a demostrar su vocación. Se sentaba en el piano, trataba de tocar los temas musicales de moda, todo cuanto oía... Pero no la puse a estudiar desde entonces... Quise que tuviera más edad... Sólo a los ocho años inicié su preparación musical. La alternaba con los estudios de Primaria. El año pasado dió término a su sexto grado. Mañana De entonces a esta fecha ha avanzado mucho.

Carmencita escucha lo que dice su padre... Sentada al lado de la señora de Moleiro de faz sonriente y dulce, se entretiene jugando.

—¿Comparte su afición artística con juegos apropiados para su infancia? — preguntamos.

—Siempre. Las horas libres las emplea en jugar.

Es algo que nos ha preocupado siempre. Los niños-artistas, viven ampliamente su infancia? Carmencita Moleiro lo ha logrado, de acuerdo con la afirmación de su padre... Ahora viene una pregunta, que mucho nos interesa:

—¿Ha sido Ud., Moleiro, su guía musical o ha tenido también otros maestros?

Moisés responde sencillamente.

—He sido su único maestro hasta ahora. Pero Carmencita no sólo es intérprete, le gusta mucho la composición, aspira a escribir música. Con el maestro Sojo ha adquirido nociones de solfeo y teoría. Y él le ha prometido enseñarle armonía...

La niña ha vuelto al piano. Sus dedos recorren el teclado con agilidad sorprendente. Se expresa con gran ejecución, con dominio del tema...

—¿Cuáles son las obras musicales que prefieres? — le preguntamos en el intervalo de una y otra interpretación.

—Los clásicos.

Mozart, sobre todo Mozart. Es su compositor preferido. Pero después viene una sucesión de nombres consagrados en la vida universal. En su repertorio se encuentra Beethoven, Scarlatti, Bach... La música profunda, casi mística, la que lleva a la contemplación y el éxtasis ronda en torno de su espíritu. Es el momento en que el arte le deja su huella. Después vuelve a ser la niña que juega y ríe.

—Y su primer concierto, celebrado en el Teatro Municipal, ¿qué impresión dejó en ella?

—Emoción, una gran emoción. Hora trascendental para el artista: su encuentro con el público. El público, en su conjunto, forma un todo, una personalidad. Alguien oye, alguien ve, alguien atisba en la sombra del teatro, bajo las luces apagadas... Es como un gran Jurado. El Tribunal que va a juzgar al artista. Hay momentos en que la escena, a toda luz, viene a ser como un banquillo, y el artista el acusado... Pero él se yergue, habla si es un poeta, canta o pulsa un instrumento si es músico... El actor declama. Y el banquillo, por obra del arte puede transformarse en pedestal. Son los cimientos de un nombre, de una fama, de una obra futura... Tal vez, con los niños, la escena cambie... Tal vez ellos no puedan advertir la presencia del Jurado, del Tribunal en que se constituye el público... Pero captan la curiosidad que vibra en el auditorio... Sienten la cercanía de lo desconocido.

Ya Carmencita Moleiro ha superado el difícil trance. Y su éxito depende precisamente... —Mucha gente insiste —afirma Moisés— en que ella repita el concierto. Pero aún no lo hemos decidido. Lo considero solo como una posibilidad hasta ahora. Sin embargo, puede que en cualquier momento lo decidamos.

Aún nos falta algo de qué hablar: planes futuros. ¿Qué han pensado los padres de Carmencita? ¿Qué ha pensado Moisés Moleiro acerca de su hija y su porvenir musical?

—Mi aspiración es enviarla a Europa, pero no todavía. Está muy pequeña, apenas tiene 11 años y esperamos formarla mejor. Quiero que adquiera cierta base sólida de conocimientos teóricos. Lo importante, mientras tanto es que ella siga estudiando y trabajando con tanto interés como hasta ahora.

La charla toca a su fin... Volvemos a hablar con Moisés sobre su propia producción. El evade un poco el tema. Prefiere reservar alguna sorpresa. Luego salimos en espera de que en cualquier momento se nos anuncie ese nuevo concierto de Carmencita Moleiro que el público aguarda con interés... Ya sabemos que la espera también el triunfo.

L. P.



Moisés Moleiro y su hija Carmencita.